

Templad los agradables caramillos,  
Porque en lo más sabroso de la siesta,  
Músicos pastorcillos,  
Haremos nuestro baile en la floresta  
A la usanza de simple serranía,  
Pues ha llegado la zagala mía.

POETA.

A seguir iba Silvio; pero viendo  
La carroza del sol, que iba subiendo,  
Se retira á su albergue en compañía  
De Clori, y observando los pastores  
Sus festivos empeños,  
Se dispusieron todos á porfía,  
Para alcanzar favores  
De sus hermosos dueños:  
Y á la siesta en el campo se juntaron,  
“Y la vuelta de Clori” celebraron.

SONETOS

SONETO PRIMERO.

INFLUJO DEL AMOR, IMITANDO EL AR-  
TIFICIO DEL PRIMER SONETO DE D.  
TOMAS DE IRIARTE.

Célebres calles de la corte indiana,  
Grandes plazas, soberbios edificios,  
Templos de milagrosos frontispicios,  
Elevados torreones de arte ufana,

Altos palacios de la gloria humana,  
Fuentes de primorosos artificios,  
Chapiteles, pirámides, hospicios,  
Que arguyen la grandeza americana:

¡Oh México! sin duda yo gozara  
Del gusto que me brinda tu grandeza,  
Si causa superior no lo estorbara.

De tu suelo me arranca con presteza  
El suave influjo de la dulce cara  
De una agraciada rústica belleza.

SONETO II.

RECUERDOS TRISTES.

Cuando tu blanca frente yo ceñía  
De hiedra azul, y de encarnada rosa,  
Cuando en el fértil prado y selva umbrosa  
Mil cariños muy dulces te decía:

Cuando de agreste flauta me servía  
Para cantar tu cara milagrosa,  
Cuando en nuestra cabaña venturosa  
Me nombraba por tuyo, y tú por mía:

Cuando... mas no, no quieras, Clori amada,  
Que refiera más gustos, pues no intento  
Que gima la memoria lastimada:

Iba á decirte, que en aquel momento  
Que recuerdo la vida ya pasada,  
No sé como no muero de tormento.

SONETO III.

A CLORI EN TRES MESES DE AUSENCIA.

Tres casas visitó, Clorila hermosa,  
El sol dorado desde el triste día  
Que á mis ojos robaron su alegría  
Con privarlos de ver tu luz preciosa.

Desde entonces! Ay triste! no hallo cosa  
Que no sea de dolor al alma mía,  
Y los males parece que á porfía  
Me disponen la vida más penosa.

Mas si deben hallar correspondencia,  
Cuando los tiempos entren en bonanza,  
Los males rigurosos de la ausencia,

Consuélame, Clorila, la esperanza  
De que tu dulce y celestial presencia  
Sanará mis dolencias sin tardanza.

SONETO IV.

EL DESEO.

Con alas vuelo de inmortal deseo  
Al campo de mi grata pastorcilla:  
Flores la hallo cogiendo hacia la orilla:  
De una fuente que es todo su recreo:

En su falda las echa; yo la veo  
Cortar de verde sauce una ramilla,  
Y con nardo, violeta, y maravilla,  
Una guirnalda trenza con aseo.

Cuando en sus hebras de oro la ponía,  
Los pájaros cantaron dulcemente,  
Juzgando que era la alba que salía:

Esto cantaba Silvio estando ausente,  
Y ansioso de la alegre compañía  
De Clorila, á quien ama tiernamente.

SONETO V.

EL SUEÑO EN EL DÍA DE CLORI.

Estando ausente de mi Clori amada,  
Y llegado que fué su alegre día,  
Púsome en su sabrosa compañía  
Dormido, la visión más regalada.

En mi amoroso pecho reclinada,  
Los requiebros más dulces le decía:  
Ella con blanda voz me respondía  
En su labio de rosa embalsamada.

Parecíame mirarla con los ojos:  
Mas tocado de envidia el dios Morfeo,  
Tuvo celos, no hay duda, y dióme enojos:

Y del éxtasis, Clori, en que te veo,  
Vuelvo ¡ay triste! llorando los despojos  
Con que el sueño engañaba á mi deseo.

SONETO VI.

EL RUEGO AMOROSO.

Acaba de llegar, zagala mía,  
Al delicioso campo, dó te espera  
El blando resplandor, la luz primera  
Del muy risueño, del reciente día.

¡Si llegases ahora! ¡qué alegría  
Por todo el ancho valle se esparciera!  
Con frescas rosas la alma primavera  
Tus sienes al instante ceñiría.

Cantárate de amor requiebros suaves,  
Con cántico más dulce que á la aurora  
El coro alegre de las dulces aves....

Qué ¿no llegas, bellísima pastora?  
Acaba de aliviar las penas graves  
Del triste Silvio que tu ausencia llora.

SONETO VII.

RESOLUCION DEL AMOR.

En el funesto potro de una cama,  
Que el impulso del mal labró violento:  
A las sangrientas manos del tormento,  
O la muerte, ó la vida un triste llama:

Los que escuchan las voces con que exclama,  
A delirio atribuyen su lamento;  
Mas yo que á semejanza suya siento,  
Tengo por bien el mal que ansioso clama.

Pues aunque el fin mortal le atemoriza,  
No logrando descanso, mira cierto  
Que en su dolor la muerte se eterniza:

Así mi corazón del fin incierto,  
Cuando enfermo de amor triste agoniza,  
De una vez quiere ser, ó vivo, ó muerto.

SONETO VIII.

LA SEPARACION DE CLORILA.

Luego que de la noche el negro velo  
Por la espaciosa selva se ha extendido,  
Parece que de luto se han vestido  
Las bellas flores del ameno suelo.

Callan las aves, y con tardo vuelo  
Cada cual se retira al dulce nido:  
¡Qué silencio en el valle se ha esparcido!  
Todo suscita un triste desconsuelo.

Sólo del buho se oye el ronco acento,  
De la lechuza el eco quebrantado,  
Y el medroso ladrar del can hambriento.

Queda el mundo en tristeza sepultado,  
Como mi corazón, en el momento  
Que se aparta Clorila de mi lado.

SONETO IX.

LA TRISTE AUSENCIA.

Su manto recogió la noche obscura  
Que cobijaba al mundo tristemente,  
Y abriéndose las puertas del oriente  
Se asoma á su balcón la aurora pura.

De la fresca arboleda en la espesura  
Los céfiro susurran blandamente:

Desata el arroyuelo su corriente,  
Y por márgenes verdes se apresura:

Sus fragancias respiran flores suaves,  
Y llenando los vientos de armonía  
Requiebros trinan las parleras aves:

Todo el mundo se llena de alegría:  
Menos yo, que en mis penas siempre graves,  
Ausente estoy de la zagala mía.

SONETO X.

A LA VUELTA DE CLORI.

Ya vuelve la deseada primavera  
En alas de los blandos cefirillos  
Y el coro de los dulces pajarillos  
Con su voz la saluda lisonjera.

Del abundoso río la ribera  
Atrae con el olor de sus tomillos  
A los simples y mansos corderillos  
Que fatigan del monte la ladera.

Su zampona el pastor ya templó ufano  
Para cantar amores con ternura  
A su zagala por el verde llano

Se alegra la común naturaleza  
Cuando vuelve la ninfa del verano,  
Como yo cuando vuelve tu belleza,

SONETO XI.

A CLORI EN EL CAMPO.

A dó quiera que vuelve el rostro hermoso,  
El rostro celestial la Clori mía,  
Esparce con sus ojos la alegría:  
Tal es de alegre su mirar gracioso.

Un caos parecíame tenebroso  
El campo, cuando á verme aun no salía;  
Mas después que asomó su claro día,  
Me parece un oriente luminoso.

¡Ay! mírame, zagala; y tus ojuelos,  
Con cuyas blandas luces resplandeces,  
No los cubra la ausencia con sus velos:

¡Ay! mírame otra vez, y otras mil veces,  
Que el sol no es tan alegre por los cielos,  
Como tú por los campos me pareces.

SONETO XII.

LAS TRAMPAS DE LA CAUTELA.

Con sus pintadas alas rasga el viento  
De libertad gozando un pajarillo,  
Y cantando desde un verde arbolillo  
Participa á los prados su contento:

Pero apenas desata el dulce acento,  
Y el agradable son de su piquillo,  
Cuando el más cauteloso pastorcillo  
Mil redes le dispone aquel momento.

A cautiverio duro reducido,  
Melancólico, triste, y pesaroso,  
En lágrimas su canto ha convertido:

¡Ah pajarillo incauto! riguroso  
Es tu estado infeliz, porque has caído  
Como yo, en la red del cauteloso.

SONETO XIII.

DE AGRADECIMIENTO.

No necesitas, no, niña preciosa,  
De tu garbo, donaire y gentileza:  
Para ser estimada con presteza,  
Eres á más de linda, muy graciosa.

Estando en la ciudad más populosa,  
Cual viajante, que yerra en la maleza,  
Mereció mi cariño tu terneza:  
¿Puede darse entre dichas mayor cosa?

Mil gracias te repito cada día,  
En la noche, en la tarde, en la mañana,  
Recorriendo tu amor y gallardía:

Y á pesar de la ausencia más tirana,  
Un altar te levanto en la alma mía,  
Donde adoro tu imagen soberana.

SONETO XIV.

DE LA HERMOSURA.

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana  
Con las perlas del alba enriquecida,  
Y en trono de esmeraldas, tan erguida  
Que parece del campo soberana.

No tarda, aunque la miras tan ufana,  
En verse por los vientos sacudida,  
Y advertirás entonces convertida  
En mustia palidez su hermosa grana.

No de otra suerte, Lisi, tu belleza,  
Cual si de eterna fuese su esperanza,  
Te adorna de gallarda gentileza;

Pero vendrá la muerte sin tardanza,  
Y marchito el verdor de su entereza,  
Del trono la hará caer de la privanza.

SONETO XV.

DE LA JUVENTUD.

¿No ves ese clavel ya deshojado,  
Por la crueldad del ciego enfurecido:  
Tan muerto, que parece enternecido  
Las exequias le canta triste el prado?

Pues ayer se ostentó tan encarnado,  
Tan fragante, tan verde, tan lucido,

Que entre el vistoso ejército florido,  
Por galán de la selva fué estimado.

Así será tu muerte lastimosa,  
Y no tarde tampoco; aunque reflejo,  
Que presumes de una alma muy fogosa.

¡Pronóstico fatal! mas te aconsejo,  
En premio del retrato de la rosa,  
Que este clavel te pongas por espejo.

SONETO XVI.

CLORI A LISI.

¿Para qué, bella Lisi, el triste caso  
De la parca fatal tu musa entona,  
Si con lúgubres metros me ocasiona  
Recuerdos de mi "mona" en el ocaso?

No flores, Lisi; mas si el llanto acaso  
De justicia se debe á su persona,  
Lloremos ambas mi difunta "mona,"  
Llevándola con versos al Parnaso.

Mientras vivió ¡memoria lastimera!  
Nos halagaba, acaso agradecida,  
Si no á nosotras, al durazno ó pera:

Y al hacernos su eterna despedida,  
Nos recordó en su escena postrimera,  
Lo que somos ¡ay Lisi! en esta vida.

SONETO XVII.

CONTRA EL AMOR COMUN.

Tienes una alma, Gil, tan afectuosa,  
Que con el ciego dios hace pareja,  
Ni hace gesto á la moza, ni á la vieja,  
Quiere tanto á la fea, como á la hermosa.

¡Dichosa ella mil veces! sí, dichosa,  
Que entre buenas y malas se festeja,  
Conforme con el uso de la abeja,  
Que no hace entre las flores otra cosa.

Pero cuidado, Gil, que si examinas  
Tus vuelos á los suyos inferiores,  
Acaso temerás funestas ruinas:

Que en el campo común de los amores  
Como también hay flores con espinas,  
Puedes llorar picado entre las flores.

SONETO XVIII.

A FILENO.

Cuando por una estrella venturisa  
Juntado el cielo santo nos había,  
Vivíamos en acorde compañía  
En esa para mí ciudad dichosa;

Mas después que la suerte rigurosa  
A esta corte de México me envía,  
Ya parece que pierde su armonía  
Nuestra amistad sagrada y deliciosa.

Debieras ser, Fileno, más amante,  
Y con franco papel estar conmigo,  
Como yo estoy contigo, aunque distante.

¿Te ofendo, mi Fileno, en lo que digo?  
Pues prometí la enmienda en el instante  
Que escribas con más ganas á tu amigo.

SONETO XIX.

EXCLAMACIONES DE UNA MUJER  
CELOSA.

Vino ya el desengaño al amor mío:  
Vino aunque tarde sin ningún provecho.  
¡Desengaño fatal! que dá por hecho,  
Por ingrato y eterno tu desvío.

En este instante, desde el centro umbrío  
Se lanza á mi alma el infernal despecho:  
A fuera sale del ardiente pecho,  
Buscando á Fabio, ciego el albedrío.

¡Ay, caro dueño! cesen tus rigores,  
Y benigno te muestra á mis desvelos:  
¿No me oyes? ¿No te mueven mis clamores?

Apídense de mí los altos cielos,  
Que viendo tan trocados mis amores  
En el abismo muero de los celos.

SONETO XX.

LA CAIDA DE FAETON.

Rodaba el carro intrépido Faeton  
Sobre montes de grana y de carmín,  
Y formaba de nubes un motín  
En la flamante aurífica región.

Los alígeros potros la ocasión  
Del mal gobernador sienten, y al fin  
Haciendo burla de su mano ruín  
A la Etiópia convierten en carbón.

Brotando llamas le llamó Titán,  
Y en la cara mostrándole desdén  
Le dice, corrigiendo su ademán:

Que le sirva de ejemplo este vaivén:  
Que en las manos inútiles no están  
Las riendas del gobierno nunca bien.

NOCHE TRISTE

... Mihi se, non aucte oculis tam clara, vivendam  
Obtulit, et pura per noctem in luce refulsit  
Alma Parens.

VIR., "Aeneid.," lib. 2o.

No de Artemisa el túmulo famoso,  
Caros hermanos míos,  
De mi llanto esta vez será argumento;  
Ni el sepulcro de Adonis fabuloso  
Soñados desvaríos  
Me inspirará con triste sentimiento:  
De otra causa me siento  
Intimamente herido:  
De otro objeto me siento conmovido.  
De nuestra tierna madre el triste caso,  
El fatal accidente,  
Que la lleva á las sombras de su ocaso,  
Es el asunto que mi musa llora,  
Y el dolor vehemente,  
Que me traspasa ahora.  
Ya mi llanto en corriente,  
De los cansados ojos desprendido,  
A mezclarse descende dirigido  
Con lo que lloran vuestros turbios ojos.  
A contemplar me excita la tristeza

Los fúnebres despojos  
De la naturaleza.  
Ya el sol se apaga, y á sus luces bellas,  
Pregonando de Dios las maravillas,  
Suceda el resplándor de las estrellas.  
Ya no cantan las tiernas avecillas  
Las dulces tonadillas,  
Que alegraban la fuente, el bosque, el prado.  
Ya la noche ha llegado;  
Y la cara trocándose del mundo,  
Parece que se torna moribundo  
A su primer estado.  
Un silencio profundo  
Guardan todos los entes  
De la naturaleza diferentes.  
Sólo el fúnebre canto  
Con que pasan la noche buhos roncós,  
Melancólico suena,  
Esparciendo el espanto  
Entre caducos troncos.  
Todo conspira á renovar la pena,  
Que siente el alma mía:  
Y corriéndose al punto  
El velo de mi opaca fantasía,  
Se me pone delante  
De mi copioso llanto el triste asunto,  
El mayor de mis bienes ya difunto.  
Desde luego mi madre.... ¡Ay madre amante!  
¡Ay madre la más tierna!  
Tu imagen esculpida  
En mi triste memoria, se hará eterna  
Todo el amargo tiempo de mi vida.

La noche silenciosa  
Parece que camina adormecida,  
Y como nunca ¡ay triste! perezosa.  
En vano el sueño pulsa  
Las delicadas puertas del sentido,  
Si el corazón repulsa  
El descanso del cuerpo apetecido.  
Al dolor compelido,  
Mi duro lecho regaré con llanto.  
La cabeza reclino, y entre tanto  
Me salta el corazón dentro del pecho.  
Cierro los ojos; hiéreme el espanto:  
Diligencias.... ninguna es de provecho  
Para aliviar mis miembros fatigados:  
Mi espíritu flaquea  
Con tantos pensamientos atropados:  
Y agitada la idea,  
A mi madre parece que estoy viendo....  
¡Ah! lance el más tremendo,  
Cuando en mortales ansias agonizas.  
Tu cuerpo venerable  
Ya se convierte en lúgubres cenizas.  
Después que una mirada,  
Extremo de tu angustia apoderada,  
Al resto inconsolable  
De los hijos, que cercan tus despojos,  
Le dice ya eclipsada,  
El tierno último vale de tus ojos.  
De repente por toda la morada  
El llanto suena, se levanta el grito:  
Ya se escuchan los ayes de un "Alejo,"  
Que espárcen el dolor en el distrito.

Ya un "Franciscano" perplejo  
Con el súbito mal, la vestidura  
Rasga á su pecho blando:  
Y "Juana," la mujer de más ternura,  
El cadáver helado está abrazando,  
Mientras que en dos torrentes de amargura  
Se van sus dulces ojos transformando.

Y tú, que noticioso  
Del mal, que por entonces amagaba,  
En camino te pones presuroso,  
Y llegas al ocaso donde acaba  
De apagarse la luz, cuyos ardores  
Tuviste por mejores  
Que los del alto sol: dí ¿qué sentiste  
Al saber la catástrofe más triste?  
"Blas"... ¡Oh!... mi dulce hermano,  
Tú que ennobleces el linaje humano,  
Porque tus sentimientos  
No tiene otro hijo iguales....  
¿Qué sentiste? ¡ay! ¿dirélo?... tus lamentos  
Llenaron de gemidos á los vientos,  
Tú dijiste á los techos celestiales,  
Cayeran sobre tí; y á tus querellas  
Parecían moverse las estrellas.

Mas el Señor que cuida de tu pena,  
Por la cual estuviste desmayado,  
Tiernamente excitado,  
La tempestad de tu ánimo serena:  
Con que al fin del quebranto  
Procuraste piadoso  
Enterrar con decencia el cuerpo santo.

¡Dichoso ¡ay! sí, dichoso  
Tú, que ejercitas la piedad humana!  
Mientras que yo privado por el cielo  
De este último consuelo,  
A la suerte me quejo más tirana  
En tan remoto suelo.

El corazón se afana  
¡Ay, madre, madre mía!  
Suspirando tres años que pasaron  
Desde el postrero día,  
En que amorosamente me estrecharon  
Los mismos brazos que contemplo yertos,  
Hasta el terrible instante,  
Que á la región te lleva de los muertos.  
¿Con que fueron entonces  
Tus postreras ternuras?  
¡Oh penas las más duras,  
Capaces de ablandar los mismos bronces!  
¿Con que ya para siempre me dejaste,  
Amada madre mía,  
Y sin que yo te viera te ausentaste?

¡Oh, si me hubiera hallado en tu agonía  
Sobre este mismo pecho,  
Reclinatorio á tu cabeza santa  
Te hubiera el amor hecho:  
Y agitado al latir de tu garganta,  
De los ojos saliera el llanto mío,  
Para templar el frío,  
Que se fuera extendiendo  
Por tu afligida cara,  
Que otra vez me parece estarle viendo....

Tal vez me consolara  
En este trance fiero  
Con la memoria del "á Dios" postrero.  
¡Miserable de mí, que no he podido  
Abrigar en mi seno los alientos,  
Que exhalaron tus últimas boqueadas!  
Fallece el corazón, fallece herido  
Con agudos tormentos.

Al dolor trastornadas  
Las potencias, se turban acá dentro.  
Por todas partes el pavor encuentro  
De imágenes sombrías,  
Hijas de mi cuidado,  
Que el acerbo dolor ha fabricado.  
Abrese ya un sepulcro cavernoso:  
Hórrida tumba: lúgubres bugías:  
Melancólica rama  
De ciprés, y de pálida retama  
Se esparce en el recinto pavoroso.  
¡Aparatos funestos!  
Funerales me asustan ya dispuestos.  
Hieren ya mis oídos  
Los ayes, los lamentos, los gemidos.  
Tristes exequias ¡ay! ¡qué doloroso  
Espectáculo ¡ay cielos! estoy viendo!  
Exequias de mi madre ¡ay!.... Sepultada  
Mi traspasado amor la está sintiendo,  
Contemplando su lóbrega morada.

La turbación pesada  
Del letargo me vuelve: un sudor frío

Me cubre de los pies á la cabeza:  
Con súbita extrañeza  
Huye cansado el brío:  
¡Oh, de los cielos Soberana Alteza,  
Que imperas las nocturnas sombras mustias,  
Envía las deseadas  
Luces del alba, viendo mis angustias!

Más que nunca pesadas  
Las horas se figura el alma mía,  
Cuando ellas como siempre van volando.  
Desciende, oh nimen blando,  
Sobre mis tristes párpados, que el día  
Sus luces apresura  
Tras de la noche oscura.  
Preséntate á mis ojos desvelados  
Con semblante risueño...  
Mas ¡que al contrario se presenta el sueño!  
A los que tiene el susto acobardados!  
Miro por todos lados  
De macilenta parca los trofeos,  
Aridos esqueletos descarnados  
Ocupan los oscuros mausoleos...  
¡Oh huesos á mis ojos venerables,  
Cuya vista me infunde  
Motivos de dolor interminables!  
Mi ánimo se confunde,  
Y entre congojas vuelvo en mis sentidos,  
Estropeado ¡ay dolor! con tantos males.  
De la espantosa noche los umbrales  
Ya desaparecidos,  
Se escuchan los acentos repetidos,

De las canoras aves,  
 Que con voces silaves  
 Hacen á su Creador salva sonora,  
 A vista de la aurora  
 Doy las gracias á Dios, de que me había  
 Dejado ver la luz del claro día,  
 Mas sin dejar de ver la más amada  
 Imagen que en la dócil fantasía  
 El sueño me dejó tan bien copiada,  
 Que borrarse no puede ya en la vida:  
 Como cosa en el alma retratada,  
 Y en todas sus potencias recibida.

Y si estarás ¡ay madre! en mi memoria,  
 Que con dulces recuerdos te venera,  
 Como estrella que luce en la alta gloria,  
 Y mi amor que sin tí se considera,  
 Te llora eternamente;  
 Te llora ¡ay madre! para siempre ausente.

Sí, mi madre dichosa: mientras tu alma  
 Con eterno laurel, gloriosa palma,  
 Allá sobre los cielos se pasea,  
 Mi turbio llanto enjuto  
 En mi extenuado rostro jamás sea;  
 Porque en tu hijo se vea  
 Que te paga, aunque corto, este tributo.

## RATOS TRISTES

Optima quaeque dies miseris mortalibus aevi  
 Prima fugit, subeunt morbi, tristisque senectus,  
 El labor, et durae rapit inclementia mortis.

VIRGILIO, "Aeneid."

### DEDICATORIA.

Non haec ingenio, non haec componimus arte:  
 Materia est propriis ingeniosa malis....

OVIDIO, Trist. Eleg. 5a., lib. 1o.

Informes versos míos,  
 A cuya voz responden con sus ecos huecos,  
 Los cóncavos peñascos, troncos huecos,  
 Los altos montes, y los hondos ríos;  
 Quedaos entre estos páramos sombríos,  
 Que en las grandes ciudades  
 No suena bien el tono querrelloso,  
 Propio de las profundas soledades.  
 Mas ¡ay! que vuestro acento lastimoso  
 Traspasando los límites debidos,  
 Penetra los oídos  
 De un núnmen de la tierra el más piadoso.  
 Este, siendo una imagen expresiva  
 Del Todopoderoso,